

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Efluvios caniculares II



Por ahí del año 570 D.C., astronómicamente la canícula caía donde tenía que caer. Después el panorama astronómico se fue modificando lentamente y ahora en el 2009, la canícula cae donde se le da la gana, aunque suele hacerlo, como en sus orígenes, en el mes de julio. Son aproximadamente 40 días en que nuestro padre Sol se dedica a acomodarnos unas mordidas y unas tascadas como de can enloquecido.

En la ciudad de México solemos tener una canícula verdaderamente de chisguete. De hecho, para la mayoría de los capitalinos esta canícula transcurre inadvertida pues sus mínimos rigores se alivian con un buen chapuzón en cualquier fuente pública, pues ahora mi amigo el Marce, que últimamente se está comportando como un can, decidió cancelar su proyecto de albercas populares que tan benéficas y gozosas resultaron para los sectores más respetables (lo digo en serio) de nuestra sociedad capitalina. Esto es lo que nos obliga a avanzar sobre fuentes y monumentos para recibir ahí nuestra indispensable ración de agua que nos permita mantener en funcionamiento el cerebro y otros órganos que, de otra manera, se desbielarian irremisiblemente. De cualquier manera y de momento, no me interesa ocuparme de los capitalinos que, además, ni están en sus casas ni en sus trabajos, porque ya se largaron, con cinismo propio de Magistrados de la Suprema Corte, a que los despeluquen en alguno de nuestros múltiples y pintorescos

“destinos turísticos”. De momento y por lo que a la canícula toca, los que me preocupan son los norteños de mis amores. A ellos sí se los está cargando patas de catre pues en sus latitudes la canícula es en serio y no se anda con chiquitas. Me preocupa que todos se vayan a enjutar como frijolitos en el agua. Allá sí el calor es el que manda y como cuenta mi amigo Betush, si alguien quiere su filete well done, basta con sacar a la vaca a que se asoleé temprano.

Cuando yo tenía otra vida, no digo que mejor, pero otra, alguna vez tuve que viajar en calidad de príncipe consorte a la calurosa tierra de Mexicali. No es un chiste mío, sino que es parte de la tradición popular de aquellos rumbos el preguntarse en qué estaría pensando Dios y en qué estarían pensando los padres fundadores cuando dijeron: aquí pondremos un lugar para vivir que se llamará Mexicali. Con tanto territorio como hay para todos lados, Mexicali vino a caer en Mexicali que, ya entenderán por esto que les cuento, es tierra de gente muy recia, de hombres muy tenaces y mujeres realmente guapas pero afeerradísimas. Son aquellas amazonas, las guerreras, las flechadoras, las invictas féminas que Orellana buscara infructuosamente en Sudamérica sin saber que su verdadero territorio es Mexicali. Creo que yo soy uno de los poquísimos que las ha conocido de cerca y ha vivido para contarle. Bueno, pues allá en Mexicali sin pretenderlo yo, me tocó vivir un día de canícula. Lo que les cuenta

es poco. Estar a cielo abierto es imposible y lo es particularmente para los capitalinos que no estamos impuestos a esas ferocidades solares. En el interior de casas, hoteles y cantinas tampoco se puede estar porque ahí el calor hace que el aire entre en ebullición y con eso el fuefueño comienza a delirar y a vociferar que él es Carlota de Habsburgo. Yo estuve ahí, no voy a decir que por mi propia voluntad, sino por la de una mujer que decía que quería que yo conociera Mexicali porque ahí ella había sido muy feliz. Con esto me tendría que haber bastado para deducir el nivel de deterioro de la función cerebral de esta fémina, pero fue una de las tantas señales que cerrando los ojos, la dejé pasar.

Desde entonces me cuido de la canícula y aquí me estoy en mi casa de piedra y flores. Soy el gozoso sabedor de que HOY TOCA.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXCIV (1594)

La rata MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna en reparación, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

